

Kamo Chōmei

Hojoki

Canto a la vida desde una choza

LIBROS MAYDAN

Título original: 方丈記 (*Hōjōki*)

Kamo Chōmei, 1212

Traducción: Masateru Ito

Ilustraciones: Takako Kodani

Editor digital: Titiwillus

ePub base r1.2

PRESENTACIÓN

Complace altamente auspiciar la publicación del libro *Hojoki. Canto a la vida desde una choza*, del escritor Kamo no Chomei, clásico japonés de vital importancia para interpretar realidades existenciales con sentido de trascendencia.

Esta obra, cuya presente traducción al español es apenas la segunda en ser presentada al público, acercará al lector al mundo literario y al pensamiento cosmogónico japonés y, por qué no decirlo, representará una fuente de inspiración para la creación y el debate en las letras universales del siglo XXI.

Masateru Ito, hombre de amplia experiencia diplomática en la región latinoamericana, gracias a una paciente dedicación, logró durante su estancia como embajador en tierras venezolanas traducir e interpretar cuidadosamente el espíritu del idioma japonés al castellano en esta obra del acervo milenario japonés que data del siglo XIII de nuestra era.

Mérida ha venido cultivando desde los últimos cinco años el programa Semana Cultural de Japón gracias a la Universidad de Los Andes, a través del Centro de Estudios de África y Asia «José Manuel Briceño Monzillo». En los últimos dos años la Alcaldía del Municipio Libertador ha acompañado, junto con otras instituciones, esta loable iniciativa cuyo objetivo principal ha sido propiciar el diálogo entre nuestros pueblos.

Carlos Belandria Mora

Alcalde del Municipio Libertador

Estado Mérida - Venezuela

NOTA DEL TRADUCTOR

He querido realizar la versión al idioma castellano de *Hojoki*, obra clásica de la literatura japonesa del siglo XIII, con el deseo de comunicar a los lectores de habla hispana las imágenes literarias y el pensamiento filosófico del gran poeta japonés Kamo no Chomei, hasta ahora no bien conocido en el mundo iberoamericano. El ideal sería expresar todas sus precisiones y matices de un idioma a otro idioma y creo que hemos respetado este ideal, siguiendo fielmente las páginas de este libro donde se confunden lo sublime y lo terrible. Cabe aclarar, asimismo, que hemos traducido el texto en forma de poesía, interpretando la intención esencialmente poética del autor aunque *Hojoki* está escrito en prosa.

Quiero consignar en esta nota mi especial agradecimiento a la Dra. Yolanda del Nogal, por el valioso apoyo que me ha prestado ante ciertas dificultades lingüísticas y en la comprobación conjunta de esta versión en castellano con el texto original.

Masateru Ito

*Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.*

Fray Luis de León

INTRODUCCIÓN

Hojoki fue escrito en 1212^[1], cuando Chomei tenía 58 años de edad. Era la época en que finalizaba el Período Heian y se iniciaba el Período Kamakura, albor de la Era Media del feudalismo en el Japón, cediendo la clase dirigente de los aristócratas ante la clase guerrera. En esa época nace un culto popular paralelo al budismo esotérico, religión que profesaba la aristocracia. El nuevo culto (*Jodo*, como se llamó), enseñaba que podía esperarse volver a nacer en el paraíso invocando a Amida Buda (Amitabha) mediante la oración del Nembutu, una simple fórmula. También planteaba que mientras el mundo presente debía reconocerse como vacío para el hombre, existía la posibilidad de salvación en otra vida. La naturaleza escatológica de esta religión suscitó un enorme contraste con la del budismo esotérico, que prometía gratificar los deseos de sus fieles en este mundo.

Chomei comienza su obra con la famosa frase:

La corriente del río
jamás se detiene,
el agua fluye
y nunca permanece la misma.

Esta no es una afirmación abstracta sacada de algún libro religioso, es una imagen concreta que él mismo formó: su percepción sobre el equilibrio de la naturaleza, una estremecedora poesía, un sentir de la corriente del río Kamo a través del tiempo. Allí canta que nada en este mundo es permanente, todo cambia en el tiempo, todo está en el principio de la causalidad: perece y desaparece, nace y crece. Hace comparaciones con el rocío y las flores que pronto se desvanecen y afirma que así son también los hombres y sus «moradas» (con la connotación del sentido biológico moderno de «hábitat»).

El autor describe las diversas y horrendas calamidades que ha sufrido en carne propia: el gran incendio, el torbellino, el traslado de la capital, hambre, el terremoto y otras vicisitudes. Ha observado estos sucesos a veces desde lejos, otras veces muy de cerca, pero siempre tomando en cuenta sus propias experiencias, con un profundo sentimiento de simpatía y compasión hacia los hombres y sus viviendas. Aquí se despliegan a plenitud su extraordinaria visión, el insaciable interés en revelar los acontecimientos que ha vivido y su singular talento literario. Su estilo literario, el tratamiento intelectual y un dramático relato de vigente escuela es lo que ha venido cautivando durante 800 años a los lectores japoneses y avanza en los espacios de la literatura universal, describiendo símbolos sobre el hombre y la fragilidad del mundo.

Chomei es un soñador lleno de angustia y pesimismo. Haciendo referencia a su propia vida, narra en forma objetiva y sucinta lo difícil que es vivir en este mundo y hace la pregunta fundamental: dónde y cómo vivir para lograr la tranquilidad del alma:

Y ¿cómo podemos hallar la paz
siquiera fugaz
en el alma?

Su visión de transitoriedad manifiesta en esta obra no es un simple sentimentalismo de carácter exclamativo, sino una expresión del escepticismo serio frente a la inestabilidad de la existencia del hombre y de la vivienda. Este escepticismo es consecuencia de haberse enfrentado a conmovedoras escenas de la vida real. En su concepción del mundo, subsiste el problema del alma y la coloca en el centro del ser. La acción fundamental de *Hojoki* se

desarrolla siempre en torno al alma como signo para descubrir los misterios de la condición humana. La obra no es una memoria de vida ni la manifestación de un sentimiento sobre la mutabilidad del mundo; es un proceso, es la búsqueda en sus experiencias del sentido de la vida que el autor observa en sí mismo y trata de esclarecer, inquiriéndose «Cómo debo yo vivir».

Al comprender lo transitorio del mundo, el autor no puede vivir en paz y su carácter no le permite sino buscar un nuevo horizonte que supere aquel estado. Posee una fuerza de voluntad tan poderosa que lo hace perseguir a fondo lo que busca: se atribuye el problema y decide resolverlo con la energía que lleva acumulada dentro de sí. Chomei alcanza, por fin, la tranquilidad y el deleite del alma en una choza del Monte Hino se alejó de las personas y los fastidios mundanos.

El autor, sin embargo, se pregunta si es correcto el camino que le conduce a buscar la tranquilidad y el deleite del alma, si no es esto también un apego, y no encuentra respuesta. Se supone que Chomei quizás hizo esta pregunta en forma fingida, dirigiéndola a la gente del mundo que pudiera criticar su manera de vivir como ermitaño y, consciente de su falta de santidad, aceptó su modo de vivir y, tal vez, hasta se haya mostrado desafiante hacia sus posibles críticos.

Hojoki no es la literatura que solo canta la transitoriedad del hombre y el mundo; más bien exalta la libertad del individuo. Esta idea sería algo extraordinario en una época en que el budismo estaba en su máximo apogeo en la historia del Japón. Es el elemento que caracteriza a esta obra intensamente humana que le permite alcanzar su inmortalidad. Ante esta prosa de gran fuerza creadora, sutil y atrayente, es indudable que el autor tuvo una intención esencialmente poética, como se aprecia en su estilo elaborado y rítmico, no solo en el lenguaje sino también en la estructura de su obra. Es uno de los tres grandes ensayos de la literatura clásica japonesa junto con *Makura no Soshi* o el *Libro de la Almohada* (fines del siglo X al siglo XI), de Seisho-Nagon, y *Tsurezure-gusa* o *Ensayos en Ociosidad* (1330-31), de Yoshida Kenko.

Chomei nació alrededor de 1155 como segundo hijo de Kamo no Nagatsugu, quien ostentaba el rango de *sho-negi* en el Templo Sintoísta o Santuario de Kamo, que consistía en los santuarios de Kamigamo (Alto Kamo) y de Shimogamo (Bajo Kamo), en el noreste de Kioto. La jerarquía de su padre era de alto prelado: maestro de Shimogamo, rango que ejercía influencia en la Corte. Por lo tanto, a Chomei también le fue otorgado a los 7 años de edad un rango oficial relativamente alto de la Corte, pero nunca fue ascendido antes de retraerse del mundo.

En su libro de estudios de poesía *Mumyo-sho* o el *Ensayo Sin Nombre*, Chomei confiesa que «fui huérfano desde temprano» y, asimismo, en el *Diario de Minamoto Ienaga* se encuentra el pasaje de «este Chomei se hizo huérfano y, sin trato con la gente del Santuario, se encerraba». De acuerdo con esto, es de suponer que no solo su padre, sino también su madre, habían fallecido siendo él de edad muy temprana. El perder a su padre, su gran protector, a los 17 o 18 años de edad fue un golpe tremendo para un joven sensible y es probable que este suceso haya influido en acentuar su carácter reservado. Se da por cierto que tenía mujer y un hijo, pero que después de la muerte de su padre, los había abandonado.

En la *Colección de poemas de Kamo no Chomei* que se editó a sus 27 años de edad, se encuentra uno que cantó al año siguiente del fallecimiento de su padre:

Por ser la primavera
este año también florecieron los cerezos,
aunque no se halla la persona
que lamentaría su deshojarse.

Chomei heredó la casa de la madre de su padre, Nagatsugu, pero se vio forzado a romper relaciones con esa casa. En estas circunstancias, se dedicó a dos disciplinas del arte: la poesía y la música. En la segunda mitad de sus veinte años se convirtió en fiel discípulo del poeta Shun-e, que tenía más de setenta años de edad y alrededor del cual se reunían numerosos poetas. Como fruto de su dedicación, se editó la *Colección de poemas de Chomei* (1181), que reunía las composiciones escritas hasta sus 27 años de edad. También en la *Antología de la luna* (1182) se incluyeron 4 poemas de Chomei junto con las obras de los más destacados poetas de entonces, y en la *Colección de mil poemas* (1187) seleccionados por el Emperador, se eligió uno de sus poemas, distinción que le hizo sentir sobremanera honrado, como lo confiesa en su *Mumyo-sho*. En 1186 viajó a Ise y dejó el *Relato de Ise*, cuyo texto está perdido.

Otra pasión de Chomei era la música. Aprendió a tocar biwa (laúd japonés) con el maestro Nakahara no Ariyasu, quien posteriormente fue designado como director de música en la Corte. El maestro confiaba en Chomei y reconocía su talento para ser su posible sucesor.

La segunda etapa de la vida de Chomei se extiende desde sus 37 años de edad hasta la primavera de 1204, cuando a los 50 años de edad se retira del mundo, siendo este su período activo como poeta. Durante ese tiempo fue reconocido cada vez más como poeta, participó en numerosos concursos de poesía y fue elegido como uno de los trece miembros del Círculo Poético o Waka-dokoro, constituido por nobles de alto rango, donde solo Chomei y uno más eran de rango menor. Es posible que no hayan estado autorizados a sentarse en el piso al mismo nivel de sus compañeros.

Al margen de su éxito como poeta, no obstante, lo acechaba un infortunio inesperado en su vida. El cargo de jefe del Santuario Tadasu no Yashiro, parte del complejo Kamo, quedó vacante. Esta jerarquía era, de costumbre, un peldaño para llegar a la dignidad de *sho-negi*, administrador en jefe de los santuarios de Kamo del mismo Shimogamo. En vista de que el padre de Chomei ostentaba ese cargo, el Emperador Ermitaño Gotoba pensó que Chomei sería la persona apropiada para esa investidura, pero Kamo no Sukekane, un pariente poderoso, se opuso al nombramiento. El pariente consideró que a su primogénito le debería ser adjudicado ese título porque, a pesar de que su hijo era mucho más joven, tenía un rango más alto y había trabajado para el santuario por más tiempo que Chomei. Al conocer la protesta de Sukekane, Gotoba se sintió obligado a retractarse del nombramiento. En su lugar pretendió elevar el nivel de otro santuario y colocar allí a Chomei como *negi*. Para entonces, sin embargo, Chomei ya había perdido interés, así como también todas las ambiciones, y en la primavera de sus 50 años de edad se retiró del mundo.

El motivo directo de su aislamiento obedece a que no pudo lograr el cargo de *negi*, pero la desdicha y la aflicción que se le había acumulado después de la muerte de su padre podrían haber sido las verdaderas razones que lo llevaron a tomar esa decisión. Además, también podría percibirse en ello cierta nota de protesta contra una sociedad donde las clases están establecidas en forma inexorable y se respetan los cargos hereditarios, por lo que a los excluidos les era imposible desplegar plenamente su talento aunque lo tuvieran.

Al convertirse en anacoreta, Chomei se bautizó con el nombre budista de Ren-in y

se recogió en el monte de Ohara, al norte de Kioto, aunque parece que duró por cierto tiempo su relación con Gotoba, pues participó en el concurso de poesía de 1205. A sus 54 años de edad (1205), se trasladó al monte de Hino para vivir en una choza. En el otoño de 1211, el año anterior de terminar *Hojoki*, Chomei viajó a Kamakura para visitar al shogun Sanetomo, también poeta. El objeto de este viaje se desconoce, aunque se tienen indicios de que deseaba ejercer cierta influencia literaria sobre Sanetomo. Se da casi por cierto que no tuvo éxito en el intento. En esta época escribió *Mumyo-sho*, un ensayo sobre poesía que permite conocer su teoría sobre la poesía y la situación del círculo poético de la época.

Asimismo, alrededor de 1214, escribió *Hosshin-shu-hosshin* —que significa «aspirar a la nirvana o conocimiento de la verdad absoluta»—, una colección de relatos ejemplares sobre los monjes budistas. Sus tres obras *Mumyo-sho*, *Hojoki* y *Hosshin-shu*, escritas en la postrimería de su existencia, manifiestan el interés y el afán que mantuvo durante toda la vida en tres ámbitos: la poesía, la vida de ermitaño y la fe. Chomei falleció el 8 de junio de 1216 a los 62 años de edad.

HOJOKI

CANTO A LA VIDA DESDE UNA CHOZA

I
La corriente del río
jamás se detiene, el agua fluye
y nunca permanece
la misma.
Las burbujas que flotan
en el remanso
son ilusorias:
se desvanecen, se rehacen
y no duran largo rato.
Así son los hombres
y sus moradas
en este mundo.
En nuestra gloriosa capital
los tejados de las casas
de nobles y villanos
forman hileras y parece
que emulan por su prominencia.
Ellas aparentan haber perdurado
por generaciones, mas mirándolas bien,
las que han quedado en pie por muchos años
son pocas en verdad.
Se queman en un año
y en el siguiente se reconstruyen.
Las grandes casas se arruinaron
y se convirtieron en pequeñas.
Así son también
los que viven en ellas.
El lugar mismo
no cambia,
ni la gente multitudinaria;
no obstante, de todas aquellas personas
que hace tiempo conocí,
solo quedan una o dos.
Unos mueren al romper el alba
y otros nacen en el crepúsculo,
como aquellas burbujas
sobre el agua.
El hombre muere
y nace:
de dónde viene

y a dónde va,
no lo sé.
No entiendo.
Al construir el hombre casas transitorias,
¿por quién se inquieta tanto?
¿Qué es lo que tanto complace sus ojos?
Una morada y su dueño
son como el rocío que aparece
en el dondiego de día.
¿Cuál más pasajero?
A veces el rocío se cae
mientras las flores quedan,
mas ellas se marchitarán
al sol de la mañana.
Otras veces la flor se mustia
mientras el rocío permanece,
mas él tampoco sobrevivirá
al día.

II

En los cuarenta años o algo así,
desde que llegué a la edad
de comprender el corazón de las cosas,
he presenciado
muchos sucesos extraordinarios.
Una noche de hace tanto tiempo
—sería el vigésimo octavo día
del cuarto mes
del tercer año de Angen^[2]—
sopló un viento fuerte y ruidoso.
A eso de las ocho estalló un incendio
en el Sudeste de la ciudad,
luego se propagó al Noroeste.
El fuego finalmente alcanzó
la puerta sur del Palacio.
Esta puerta, la Cámara del Estado,
el Paraninfo de la Universidad y la Oficina del Interior:
todo se redujo a cenizas en una noche.
Dicen que el incendio comenzó
en Higuchi-Tominokoji^[3],
en el alojamiento de una compañía de bailarinas.
El viento se movió con furia
sin rumbo fijo
y el fuego se extendió
como un abanico desplegado.
Las casas lejanas
se ahogaron en espiras de humo.
Más cerca, voraces llamas

vapulearon la tierra.
¡El cielo todo carmesí!
Las cenizas levantadas brillaron
iluminadas por el fuego.



Las llamas impelidas
por despiadadas ráfagas
volaron cuadradas enteras.
¿Quién, en medio de todo esto,
no habría perdido el juicio?
Algunos, sofocados por el humo,
cayeron al suelo;
otros, devorados por las llamas,
murieron al instante.
Aquellos que a duras penas lograron
salvar la vida
perdieron todos sus bienes.
¡Muchos preciosos tesoros
se volvieron cenizas!
¡Cuántas y qué horrendas
pérdidas!
El incendio destruyó
dieciséis casas nobles,
¿quién sabe cuántas más?
He oído decir
que fue un tercio
de toda la capital.
Docenas de hombres y mujeres fallecieron.
Innumerables caballos
y vacas
también perecieron.
Todos los actos humanos son insensatos,
mas gastar riqueza y atormentarse
por edificar una casa en esta arriesgada ciudad
es sobre todo absurdo.

III

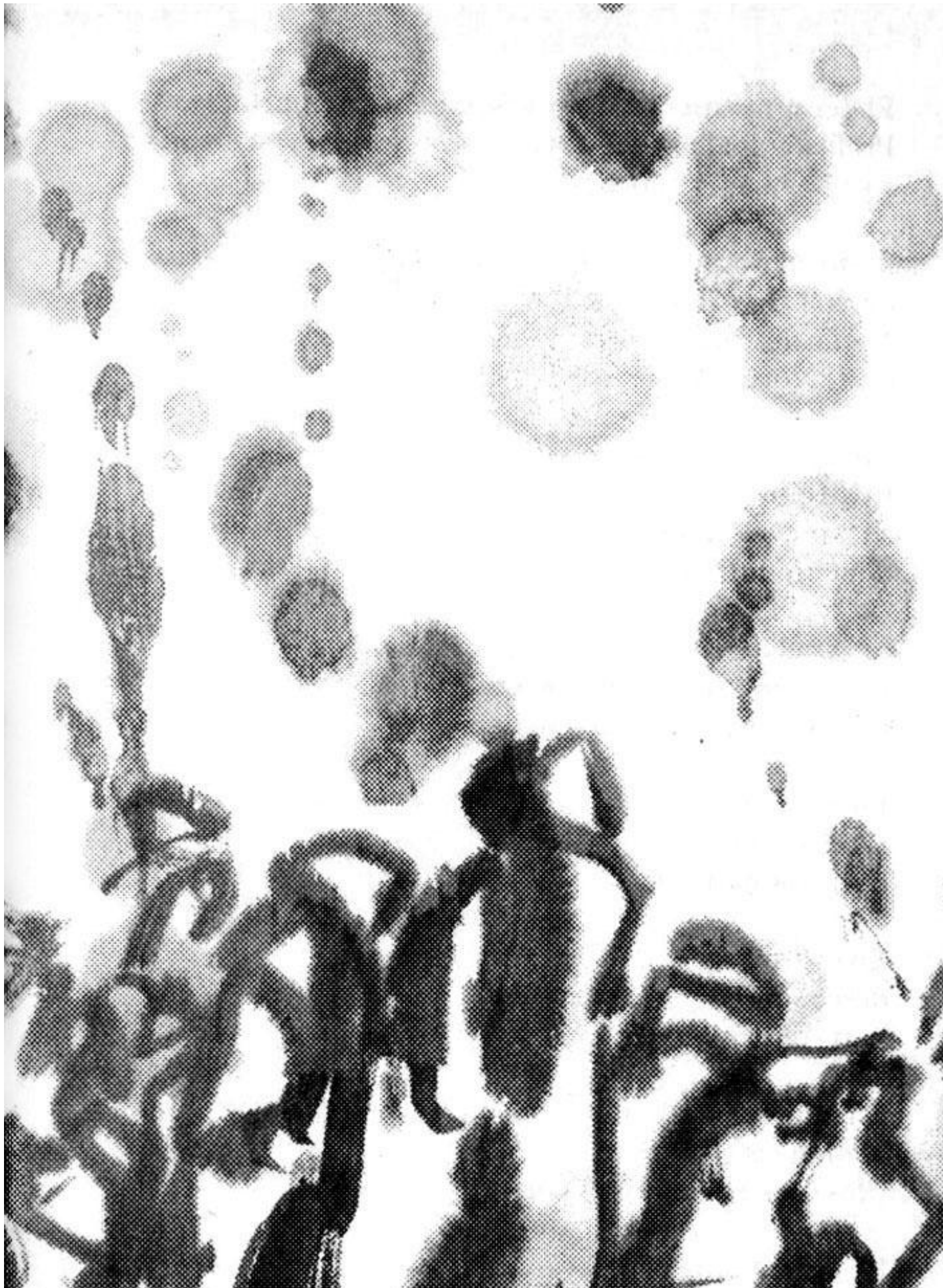
Asimismo,
en el cuarto mes
del cuarto año de Jisho^[4]
se levantó un gran torbellino
en Nakamikado-Kyogoku^[5]
y corrió hasta Rokujo.
Aventó tres o cuatro cuadradas.
Ninguna casa, grande ni pequeña,
una vez atrapada por la ráfaga,
permaneció ileso.
Algunas fueron aplastadas,
otras quedaron
solo con postes y vigas.
El viento arrancó las puertas,

arrojándolas a unas cuadras más allá.
La borrasca se llevó las vallas
y todas las parcelas se unieron
con las del vecino.
Muchos muebles y utensilios
volaron por los cielos.
Cortezas y ripios de los tejados
bailaron violentamente en el viento
como las hojas de invierno.
La polvareda se levantó en humo
y no podía verse nada.
El estruendo tan intenso
no permitió oír la voz humana.
¡Ni los vientos del infierno
serían tan atronadores!
No solo destruyeron casas,
mucha gente también
quedó herida o lisiada
al tratar de salvar sus hogares.
Luego el viento se dirigió al Sur
y causó más aflicciones.
El torbellino no es cosa rara
mas ¿lo hubo alguna vez con tanta fuerza?
Fue todo tan intenso
que pensé:
«debe de ser el presagio
de algo siniestro».

IV

Sucedió
que en el sexto mes
del cuarto año de Jisho,
la capital se mudó de repente.
Esto fue en verdad inesperado.
Entiendo que la ciudad de Kioto
se fundó en el reinado de Saga^[6],
por lo que ya han pasado desde entonces
unos cuatrocientos años.
Una capital no debería trasladarse
así tan fácil,
sin motivo particular.
Con razón,
perturbados e indignados,
todo el mundo murmuró.
Mas fue inútil la protesta.
Primero, el Emperador;
después, los ministros;
luego, los nobles de alto rango:

todos se mudaron a la nueva capital.
¿Cuál de los altos oficiales
quedó atrás en su tierra?
Aquellos que anhelaban rangos o posiciones
y confiaban en el favor de sus amos
se afanaron por mudarse cuanto antes.
Aquellos que habían desaprovechado oportunidades,
los que habían fracasado en obtener altos cargos
y los que habían perdido la esperanza,
permanecieron atrás sumidos en lamentos.
Las mansiones antes imponentes
quedaron desoladas al pasar el tiempo.
Las casas fueron demolidas
y flotaron en el río Yodo^[7],
mientras los solares
se convirtieron en campos de labranza
ante los ojos de sus propios dueños.



El pensamiento de la gente también cambió.
Prefirió caballos y sillas
y ya no bueyes y coches.
Todo el mundo buscaba sus fincas
en el Sur y el Oeste.
Nadie deseaba su tierra
en el Norte o en el Este.
En aquel entonces
tuve oportunidad de ir
a la nueva capital
del país de Tsu.
Al ver el lugar
reparé en lo estrecho que era,
sin espacio para trazar cuerdas.
En el Norte
la tierra subía
hacia los montes.
En el Sur
descendía
hasta el mar.
En todas partes
se oían las olas
y los fuertes vientos del mar.
En la montaña el palacio,
de extraña apariencia
mas con cierto aire de elegancia,
me hacía recordar
la cabaña de madera^[8], Palacio de los Árboles,
que un antiguo emperador cantó.
Me pregunté dónde
se fabricaban casas
con la madera de aquellas
que se desmantelaban día por día,
eran llevadas por el río en balsas
que obstruían el curso de las aguas
y arrastraban la carga del sollozo.
Pues quedaban aún muchos solares vacíos
y pocas casas construidas.
La antigua capital estaba en ruinas,
en tanto la nueva estaba todavía por levantarse.
Todos se sintieron a la deriva,
como las nubes.
Los nativos del lugar
habían perdido sus tierras
y estaban acongojados.

Aquellos que se mudaron allí
se deshicieron en quejas
por la molestia de volver a construir.
Al mirar las calles
los que se supondrían en coches
andaban ahora en caballos.
Los que debían estar
ataviados al uso de la corte
llevaban trajes comunes.
Las costumbres de la capital
cambiaron de súbito.
Los antiguos caballeros parecían ahora
humildes soldados provincianos.
Todo esto se sintió
como preludio al desorden y el caos.
En verdad,
al pasar el tiempo
la confusión y la angustia
llenaron los corazones del pueblo.
Por cierto, la pesadumbre se extendió tanto
que en ese mismo invierno
el emperador retornó a la antigua capital.
Mas ¿cómo quedaron las casas
ya destruidas?
No pudieron edificarse otra vez
tal como antes.
He oído decir
que en el pasado remoto,
este país fue gobernado
con respeto y benevolencia
por ciertos soberanos sabios^[9].
El palacio estaba cubierto
de juncos ordinarios
con sus aleros no esmerados.
Cuando el Emperador vio
que se levantaba poco humo
de los hogares del pueblo
eximió los ya modestos tributos.
Eso fue
un acto de misericordia,
el deseo de ayudar a su pueblo.
Para entender
el mundo de hoy,
vale comparar
con el mundo de antaño.
V
Después,

(¿fue en la era de Yowa^[10]?)
Hace tiempo que ya no recuerdo bien)
el hambre que duró dos años completos
trajo penas y miseria.
En primavera y verano,
había sequía.
Luego en otoño,
inundaciones y tempestades.
Estos terribles acontecimientos
se sucedieron uno tras otro.
Por último, se malogró la cosecha de granos.
El pueblo aró en primavera
y plantó en verano,
mas todo esfuerzo se perdió.
No hubo algazara jubilosa
de cosechar en otoño
y cobrar en invierno.
En todas las regiones,
unos abandonaron sus tierras
para cruzar las fronteras,
y otros dejaron sus casas
para vivir en los montes.
Muchas plegarias se elevaron,
los ritos especiales se cumplieron,
mas sin señal de un milagro.
Kioto se ha apoyado siempre
en el campo.
Ahora el suministro se ha suspendido
y presto se perdió toda dignidad.
Sin ánimo de soportar más,
la gente vendió sus tesoros
con desprecio del valor.
Hubo pocos interesados en tratos
y, si los hubo,
el grano valió
más que el oro.
Pordioseros abundaban en las calles;
el clamor de sufrimiento y de tristeza
llenó el aire.
De esta manera, ese año
finalizó en adversidades.
Se abrigaba la esperanza
de que las cosas mejorarían
en el año siguiente.
Luego, por añadidura,
se desató una epidemia
y las desdichas se agravaron

sin indicios de recuperar
la propia vida cotidiana.
Todo el mundo sufría de enfermedad y hambre.
Con el paso del tiempo
la indigencia se extremaba.
La gente angustiada parecía como peces
que saltan cuando el agua se agota.
Las personas decorosamente vestidas,
con sombreros y polainas,
iban de casa en casa
mendigando desesperados.
La gente, débil y atontada,
movida de necesidad,
vacilante, parecía que caminaba
mas de pronto se caía.
Así numerosas personas
murieron de hambre
y yacían en las calles
y al pie de los muros.
Sin recursos para remover los cuerpos,
fétidos olores llenaron el ambiente.
Fue un horrible espectáculo observar
cómo se corrompían estos cadáveres.
En la orilla del río todo fue peor.
No había espacio siquiera
para pasar un caballo o un coche.
Hambrientos también los leñadores,
escasearon las leñas.
Sin auxilios que esperar,
algunos derribaron sus casas
y llevaron las maderas al mercado.
Se decía que el valor
de las maderas
no era suficiente
para vi vir un día.
Me intrigó entonces
encontrar leñas pintadas en parte
de bermejo o de pan oro.
Inquirí y descubrí
que alguien, sin otro remedio,
se había obligado a irrumpir
en los templos,
robar las imágenes de Buda
y los muebles de sus salones
para despedazarlos y venderlos.
¡Qué tiempo tan inmundo y pecaminoso
me tocó vi vir

para presenciar tantas miserias!
También vi muchos otros escenarios
que me llenaron de conmiseración.
Las parejas que se amaban,
el hombre o la mujer con más profundo amor
siempre moría primero.
Pues, por amor,
se abstuvieron para sí
y dieron las exiguas comidas
a sus seres queridos.
En familias,
los padres fueron los primeros
en perecer.
Había bebés tendidos
que todavía mamaban
sin saber
que sus madres ya habían muerto.
El monje Ryugyo-hoin
del Templo Ninna
sintió profunda piedad
por la multitud moribunda.
Cuando vio a los que agonizaban
ejerció los últimos ritos
marcando el santo signo^[11]
en sus frentes.
Para llevar la cuenta de los muertos
los contó en los meses de abril y mayo.
En las calles de Kioto
al sur de Ichijo y al norte de Kujo,
al oeste de Kyogoku y al este de Suzaku^[12],
los cadáveres sumaron
más de cuarenta y dos mil.
Estos no contaban
a muchísimos
muertos antes y después.
Unidos a estos, los muertos
en la orilla del río,
Shirakawa, Nishi-no-Kyo^[13],
otras tierras cercanas
y las provincias
a lo largo de las siete carreteras,
el número sería muy grande.
He oído comentar además
de otra igual calamidad
ocurrida en el pasado,
en los días del Emperador Sutoku,
en los años de Chosho^[14].

Mas no viví
en aquel tiempo.
Solo sé que
yo había presenciado
algo extraño y aterrador.
VI
Poco antes o después^[15]
un gran terremoto
sacudió la tierra.
Esto también fue
un suceso extraordinario.
Se derrumbaron las montañas
y se llenaron los ríos.
Se agitaron los mares
e inundaron la tierra.
La tierra se hendió
y el agua salió a borbotones.
Las grandes rocas se quebraron
y rodaron abajo
hasta los valles.
Las barcas que pasaban cerca de la costa
quedaron a merced de las olas.
Los caballos en las calles
tropezaron al andar.
En las afueras de la capital
ni un templo ni pagoda
quedó intacto.
Unos se desplomaron
y otros cayeron.
Se levantaron el polvo y las cenizas
en vehemente humareda.
El temblor de la tierra
y el derrumbe de las casas
sonaron igual que truenos.
Los que quedaban en casa
serían aplastados.
Afuera, la tierra estaba agrietada.
Sin alas
no se podía volar.
Solo un dragón
hubiera podido montar en las nubes.
El terremoto, en verdad,
es lo más terrorífico del mundo.
El único hijo de un guerrero,
de seis o siete años de edad,
jugaba bajo el techo de una tapia,
haciendo una casita.

La tapia se derrumbó de pronto
y el niño quedó atrapado,
enterrado y desfigurado,
con los ojos bien saltados.
Dio lástima ver a los padres
que lo abrazaron
y lloraron a grito herido.
Conmovido comprendí
que aún al soldado más valiente
no le importa la opinión ajena
cuando pierde un hijo.
Entre tanto cesaron los temblores violentos;
los secundarios continuaron.
Todos los días sacudieron
veinte o treinta temblores,
cada uno de tal magnitud
que atemorizaría en tiempos normales.
Después de diez o veinte días
comenzaron a calmarse.
A veces se sucedían
cuatro o cinco temblores,
luego dos o tres,
y después cada vez menos.
Estos movimientos secundarios duraron
por tres meses.
De los cuatro elementos^[16],
el agua, el fuego y el viento
causan siempre grandes daños,
mas la tierra no causa catástrofes
con frecuencia.
En tiempos pasados,
en los años de Saiko^[17],
sacudió un terremoto,
que ocasionó la caída de la cabeza
del Gran Buda del Templo de Todaiji
y muchas otras cosas de horror.
Por lo que he oído, sin embargo,
aquel no fue tan grande como este.
Durante algún tiempo,
la gente habló
de las vanidades de este mundo
y parecía que renunciaba un tanto
a las pasiones mundanas.
Mas pasaron días y meses
y años,
los comentarios se disiparon
y todo se quedó en olvido.

VII

Así como hemos visto,
nuestra vida es dura
en este mundo.
Nosotros y nuestras casas
también somos vanos y efímeros.
Inagotables angustias manan
del lugar de residencia
o del rango social.
El hombre humilde
que vive al lado de un hombre de poder
no puede festejarse a rienda suelta,
aunque esté alegre.
Aun cuando tenga
una tristeza insoportable
no puede llorar a gritos.
Su aire ansioso,
su conducta siempre amedrentada,
son los de un gorrion
que se acerca al nido de un halcón.
El hombre pobre
que vive al lado del rico
se avergüenza de su apariencia miserable.
Sale y entra en su casa
día y noche
de un modo humillado.
Advierte la envidia
de su mujer, de sus hijos y de sus sirvientes.
Se entera de que los ricos les desprecian
y su alma se inquieta.
Nunca jamás
podrá encontrar la paz.
Si uno vive entre la muchedumbre
no puede huir
cuando estalla un incendio.
Si vive alejado de los demás,
viajar es un disgusto
y el peligro de asaltos acecha.
Los poderosos son avaros.
Los que están solos sin valimiento
serán siempre desdeñados.
Hombres de gran fortuna
tienen mucho que temer.
Aquellos que no la tienen
conocen solo el resentimiento.
Si se confía en el favor de otros,
será sometido por ellos.

Si cuida a otros con afecto,
será esclavo
de su propia ansiedad.
Si se conforma con el mundo,
será atado de pies y manos.
Si no le obedece,
será considerado como un loco.
De allí me pregunto:
¿Dónde debemos vivir
y cómo?
¿Dónde buscar refugio
y descansar un rato?
Y ¿cómo podemos hallar la paz
siquiera fugaz
en el alma?

VIII

En cuanto a mí,
heredé la casa^[18]
de la madre de mi padre.
Viví allí por mucho tiempo,
luego se rompió el parentesco^[19]
y la suerte me vino a menos.
Los recuerdos fueron gratos,
mas no pude permanecer en la casa
y después de treinta años de edad
hice por mí mismo una vivienda
de un décimo del tamaño
de la casa anterior.
Fabiqué una simple habitación,
no una casa digna.
Logré apenas levantar los muros,
y no tuve cómo hacer un portón.
Sembré postes de bambú
para abrigar mi coche.
Cada vez que ne vó
o el viento se agitó,
mi casa estuvo insegura.
Como estaba cerca del río,
se temía siempre
el peligro de inundaciones.
Además merodeaban allí
los bandidos.
De esta manera,
con desasosiego y desazón
luché por treinta años
en este mundo despiadado.
En ese transcurso

mis mejores intenciones se frustraron
y caí en cuenta
de mi desventurada fortuna.
Por lo tanto,
en mi quincuagésima primavera
abandoné la casa
y me retraje del mundo.
En todo caso, no tenía mujer ni hijos,
ninguna familia que añorar.
No tenía rango
ni ingresos;
entonces, ¿para qué apegarme al mundo?
Falto de realidad, en vano,
me acosté en el Monte Ohara^[20],
haciendo de las nubes mi almohada,
y unas cinco primaveras
y otoños transcurrieron.
Bien entrado en mis sesenta,
cuando el rocío de vida se desvanece,
hice una choza pequeña,
una hoja de la cual
las últimas gotas podrían caer.
Fui como un errante viajero
que labraba un albergue para dormir la noche,
un viejo gusano de seda
que hilaba su último capullo.



A diferencia de la casa de mi mediana edad,
esta no llegaba a su centésima en tamaño.
En verdad,
soy cada vez más viejo
y mis casas cada vez más pequeñas.
Mi casa no es común; además,
no se parece a otras:
tres por tres metros de ancho
y apenas dos metros de altura.
Resuelto a no residir
en un lugar determinado,
no me posesioné del terreno.
Armé tablas sobre el suelo
y las cubrí de un modo natural,
las junturas atadas
con pasadores metálicos.
Así puedo moverme con facilidad
si pasa algo que me incomode.
No molesta reconstruirla,
pues cabe en dos coches
y no cuesta más
que honorarios de carretero.

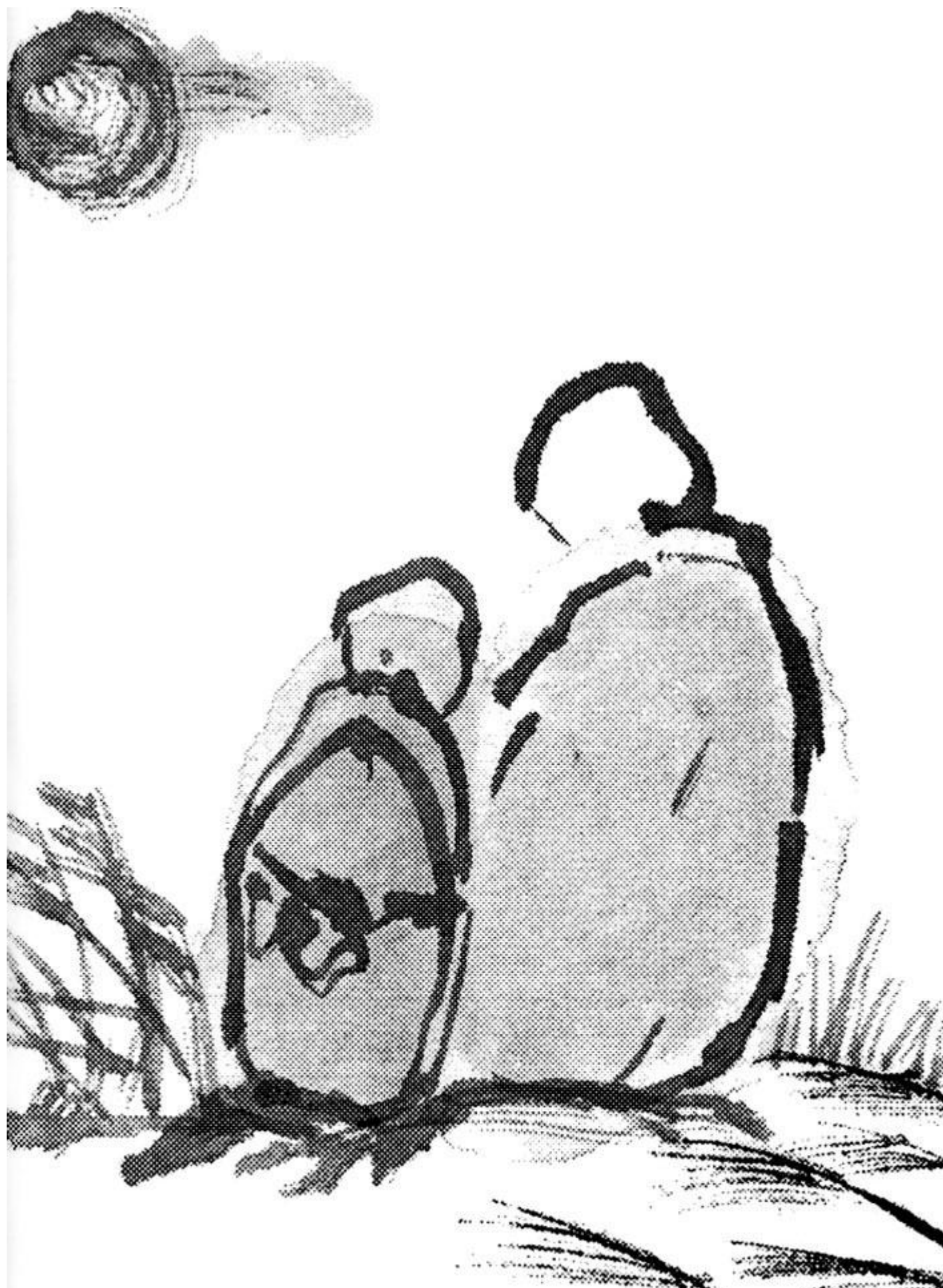
IX

Estoy oculto en lo profundo
de los montes de Hino^[21].
En el lado este
agregué un cobertizo
de un metro de ancho
y uso el espacio de abajo
para cortar y quemar leñas.
En el lado sur,
extendí una estera de bambú
y a su oeste
un anaquel para la ofrenda.
Al Norte,
detrás de un biombo,
la imagen de Amida
y a su lado Fugen;
frente a ellos,
el Libro Sagrado de Hoke-kyo^[22].
Al lado este,
la cama de los helechos
para reposar en la noche.
En el Suroeste,
colgado un estante de bambú

con tres cestas negras forradas de cuero
que guardan extractos de libros de poesía y música
y obras como Ojo-yoshu^[23].
Junto al estante,
contra la pared,
un koto y una biwa,
conocidos como el koto «plegable»^[24]
y la biwa «ensamblada».
Así es mi humilde morada
en este mundo.
Afuera, en el Sur,
cañerías de bambú
y un estanque de piedra
para almacenar agua.
Un bosque cercano
abastece de ramas y leñas
en abundancia.
Los montes se denominan Toyama
y las plantas trepadoras
hacen sombra en los senderos.
El valle está espeso de árboles,
mas el cielo de occidente despejado
semeja un faro de luz para la meditación.
En primavera,
las glicinas, rizando en olas,
florecen en el Oeste
como la sagrada nube purpúrea
compañera de Amida.
En verano, los cucos.
Cada vez que charlan, les suplico
que me prometan ser guías
en los caminos montañosos
de la muerte.
En otoño,
las voces de las cigarras vespertinas
llenan el oído.
Parecen llorar
la cáscara de este mundo.
Y en invierno
¡nieve!
Se acumula como
pecados humanos
y se derrite
en expiación.
Cuando no estoy de humor para orar
ni leer el Libro Sagrado
prefiero descansar.

Puedo ser holgazán si así deseo,
nadie me lo impide aquí
ni hay nadie a cuyos ojos
me sentiría avergonzado.
No he hecho votos de silencio;
por fuerza los cumplo,
ya que estoy solo.
No me inquieto
por obedecer los mandamientos.
¡Pocas oportunidades hay
de romperlos aquí!
Por la mañana,
cuando mi espíritu está pleno de
«la estela de cresta blanca»^[25]
que se deja a la popa»,
contemplo los barcos
que navegan por Okanoya^[26]
y escribo al modo de Manshami.
Al atardecer,
cuando el viento mueve
los árboles katsura
y hace sonar sus hojas,
pienso en el río Jin-yo^[27]
y pulso la biwa, imitando a Gentotoku^[28].
Cuando tengo ánimo,
repito varias veces
el «Canto de las Brisas de Otoño»
al compás del viento en los pinos
o el «Agua Florida»^[29]
al ritmo del riachuelo.
Aunque soy poco hábil,
no toco para complacer
el oído de otros.
Toco sólo para mí
y canto
para alimentar mis emociones.
Al borde de la montaña
hay una modesta choza
hecha de malezas
donde habita el guardabosque.
Allí vive también un niño
que de vez en cuando me visita.
En ratos de ocio
paseo con este compañero.
Él tiene diez años de edad
y yo sesenta.
Aunque la diferencia es grande,

nos deleitamos igual.
Juntamos brotes
y recolectamos hierbas y bulbos.
Vamos también al arrozal
al pie del monte,
recogemos espigas caídas
y tejemos diferentes figuras.
Si es un día luminoso,
subimos a la cumbre del monte
y contemplamos el cielo
por encima de la capital.
Podemos divisar los montes de Kowata^[30],
Fushimi, Toba y Hatsukashi.
Un paraje de belleza
no tiene dueño;
por ello no hay nada
que nos impida gozarlo.



Cuando estamos en forma,
con deseo de ir más lejos,
caminamos por los montes
a través de Sumiyama,
pasando Kasatori^[31],
visitamos Iwama,
y peregrinamos a Ishiyama.
Nos abrimos paso
por los campos de Awazu,
visitamos la casa antigua
del poeta Semimaru^[32]
o cruzamos el Río Tagami
para ir a la tumba de Sarumaro^[33].
En el camino de regreso,
según la estación del año,
juntamos flores de cerezo,
hojas de arce, helechos
y recogemos nueces
como ofrenda
o los llevamos a casa.
En las noches serenas,
mirando la luna
por la ventana
evoco a los viejos amigos.
Escucho
plañidos lejanos de los monos
y las lágrimas humedecen mis mangas.
Las luciérnagas entre las hierbas
semejan fogatas
de los remotos pescadores de Makinoshima^[34].
La lluvia matutina
se siente como una tormenta
que golpea las hojas.
Cuando oigo
melodiosos cantos de faisanes,
los confundo con las voces
de mi padre y de mi madre.
Cuando los ciervos bajan de las cumbres
y mansos se acercan a mí,
pienso cuán lejos estoy
del mundo.
Al despertar en noches de invierno,
atizo los rescoldos de las cenizas
y los convierto en mis amigos.
Las montañas no me atemorizan^[35],

no son tan profundas,
y disfruto de los ululatos de las lechuzas.
En cada estación que pasa
la gracia de la montaña ofrece
su encanto infinito.

Un hombre más instruido y reflexivo
disfrutará de una mayor fascinación.

X

Cuando me mudé aquí,
no tenía intención de quedarme tanto tiempo
y ya han transcurrido cinco años.

Este albergue de paso
se ha convertido en mi hogar.

Las hojas secas se amontonan sobre el tejado;
el moho se cría en el suelo.

El rumor ocasional que llega de la capital,
mientras yo estoy escondido aquí en los montes,
me dice que muchos señores ilustres han fallecido;
también otros de menor rango,

cuyo número nunca llegaremos a saber.

¿Cuántas casas, además, se habrán quemado
por los frecuentes incendios?

Mas mi pequeña choza
es tranquila y plácida
y no causa desasosiego.

Aunque es angosta,
tiene espacio para dormir de noche
y sentarme de día.

No falta nada
para alojar un hombre.

El cangrejo ermitaño prefiere una concha pequeña
a sabiendas de sus necesidades.

Las águilas pescadoras viven en la costa rocosa
por temor al mundo de los hombres.

Soy igual que ellos.

Conozco mis necesidades
y conozco el mundo.

No codicio nada
ni tengo ansias de ganar nada.

Sólo deseo la quietud
y mi felicidad es
estar libre de preocupaciones.

La gente de este mundo
no construye las casas
para sus propias necesidades.

Las construye
para sus esposas, hijos y deudos,

o las construye para sus vasallos
y amigos.
Algunos construyen casas
para sus señores y maestros,
para sus tesoros
y hasta para sus bueyes y caballos.
He construido la casa
sólo para mí,
no para otras personas.
Pueden preguntarme por qué.
El mundo de hoy tiene sus maneras
y yo las mías.
No tengo con quien compartir la vida
ni sirviente en quien confiar.
Si tuviera una casa más grande,
¿a quién recibiría,
a quién tendría yo que viviera aquí?
La gente busca
en sus amigos
cierta opulencia y afabilidad.
No siempre ama
la honestidad y la sinceridad.
Entonces, más vale encontrar amigos
en la música, las flores o la luna.
Los sirvientes valoran premios ostensibles
y recompensas dadivosas.
No aspiran atenciones, consideración,
tranquilidad ni paz.
Entonces, mejor ser uno su propio sirviente.
¿De qué manera?
Cuando hay algo que debo hacer,
empleo mi cuerpo.
Esto cansa, pero es más sencillo
que valerse de otra persona
y quedar en deuda.
Cuando necesito caminar,
uso mis pies.
Es también duro, pero menos duro
que preocuparse por tener el caballo y la silla,
el coche y el buey.
Divido ahora mi cuerpo
y le doy un doble fin.
Las manos son mis sirvientes
y las piernas mi coche.
Estoy satisfecho con uno y con el otro.
Mi corazón conoce
el límite de mi fuerza:

me hace descansar si estoy fatigado.
Trabajo de nuevo cuando me siento bien.
Utilizo mi cuerpo,
mas nunca en exceso.
Por lo tanto,
aun cuando cansado,
no me angustio.
Caminar siempre,
trabajar siempre,
mantiene sano el cuerpo.
¿Por qué descansar sin necesidad?
Usar a otros es una ofensa.
¿Por qué deseo usar a otra persona?
Lo mismo da
con la comida y la ropa.
Mi ropa es de arrurruz
y mi cama es de cáñamo.
Me las arreglo con lo que encuentro
para vestirme.
Las aulagas del campo
y las bayas de los montes
son lo único que necesito
para subsistir.
Como no me relaciono con la gente,
no me avergüenzo ni me arrepiento
de mi apariencia.
Mi comida es siempre frugal;
cualquier bocado me sabe exquisito.
No hablo de estas delicias
para reprochar a los ricos.
Sólo comparo mi vida pasada
con la presente.
Desde que me aparté del mundo,
no siento rencor ni temores.
Me he abandonado a la suerte.
No cuido mi vida ni temo la muerte.
Mi vida es una nube errante.
No deseo la fortuna del mundo
ni me quejo de la mala ventura.
El mayor gozo de la vida está
en la almohada de dormir,
y el anhelo de vivir permanece
en los hermosos paisajes que he visto.
XI
La realidad de este mundo^[36]
viene de la mente.
Si la mente no se halla en paz,

¿para qué sirven las riquezas?
El palacio más grande
nunca será placentero.
Amo mi morada solitaria,
esta choza
de una sola habitación.
A veces, cuando voy a la capital,
me entero de que parezco
un monje pordiosero.
Mas cuando regreso a mi morada,
compadezco a los que persiguen
el polvo mundano.
Si duda de mis palabras,
observe los peces y los pájaros.
Los peces no se hartan del agua,
mas nadie puede imaginar
la felicidad del pez
si no conoce su alma.
Los pájaros necesitan del bosque.
Si uno no es pájaro,
¿cómo saber la verdad
de su pensamiento?
¿Cómo podríamos sentir
el placer de una vida tranquila
sin vivirla?

XII

La luna de mi vida se está poniendo.
Está por hundirse ya
detrás de los montes.
En cualquier momento
puedo descender a la oscuridad
del río de abajo.
¿Con qué objeto me desato
en esta discusión?
Buda enseñó:
no debemos apegarnos a nada.
Entonces mi amor a esta choza
es un apego.
Complacerme
en la quietud y la serenidad
debe ser también un apego.
¿Por qué, entonces, distraer el tiempo
hablando de placeres inútiles?
El amanecer es apacible.
He meditado mucho
sobre la sagrada enseñanza
y me he preguntado:

«¿No has dejado el mundo
para vivir en el bosque,
calmar tu mente
y andar el camino de Buda?
Sin embargo,
aparentas ser un monje
y tu corazón está manchado de pecados.
Tu vivienda está hecha
a imagen de la choza de Vimalakirti^[37],
mas tu conducta no se iguala
ni con la del joven Suddhipanthaka.
¿Es que tu indigna vida,
tal vez como consecuencia
de los actos pasados,
te atormenta ahora?
¿O tus malos pensamientos,
extremados,
te han vuelto loco?».
A estas preguntas
no ha contestado
mi corazón.
Por lo tanto
hago uso de mi pobre lengua
para decir un par de oraciones
a Amida y luego
silencio.
Escrito por
el Monje Ren-in^[38]
en una choza de Toyama,
alrededor del fin
del tercer mes
del segundo año
de Kenryaku^[39].





KAMO NO CHŌMEI (Kamo, 1155 - Hino, 1216) fue un poeta de *waka*, escritor, músico, ensayista y monje ermitaño japonés que vivió a finales de la era Heian y comienzos de la era Kamakura.

Fue testigo de varios desastres naturales y sociales, y, perdido el respaldo político, vio como se le privaba del ascenso en el santuario Shinto tradicionalmente dirigido por su familia. Decidió entonces dar su espalda a la sociedad, tomó los votos budistas y se fue a vivir como ermitaño a las afueras de la capital; una decisión, esta, bastante inusual en una época en que lo común en tales casos era retirarse a un monasterio.

Junto con el monje poeta Saigyō, es representante de la conocida como «literatura ermitaña» (*sōan bungaku*), en la que se encuadra su celebrado ensayo *Hōjōki*.

Notas

^[1] La edición más antigua y la más confiable de *Hojoki* es la versión llamada Daifukukoji, una copia manuscrita que data del inicio del Período Kamakura (1192-1333), la cual se conserva en el Museo Nacional de Kioto y es base del mayor número de las ediciones modernas y guía de esta traducción. <<

^[2] *el tercer año de Angen*

El 28 de abril de Angen del calendario lunar corresponde al 3 de junio de 1177. Era al inicio del verano y sería la noche previa a la luna nueva. Chomei tenía 23 años de edad. <<

^[3] *Higuchi-Tominokoji*

Higuchi era una calle que se extendía de Este a Oeste, al sur de Gojo. Tominokoji era una vía que atravesaba de Norte a Sur, al oeste de la calle Higashi-Kyogoku. Casi todas las calles que se mencionan en *Hojoki* existen hoy en día, aunque algunas de sus ubicaciones han cambiado un poco. El palacio llamado Goshō se levantaba al oeste del lugar donde se encuentra actualmente, en la parte norcentral de la ciudad. <<

^[4] *el cuarto año de Jishō*

El año 1180, en el reinado del Emperador Antoku. El torbellino azotó Kioto en abril (según el calendario solar, en junio) de ese año, tres años después del incendio de Angen, cuando Chomei tenía 26 años. Un mes después del torbellino, la capital se mudó a Fukuhara, al occidente de la ciudad actual de Kobe, y en noviembre del mismo año retornó la capital a Kioto. Fue un año de gran turbulencia social. El traslado de la capital se realizó de repente por intervención de Taira-no-Kiyomori, Ministro en Jefe (*Dajo-daijin*), quien dirigiendo a los guerreros de su clan (*Heike*) y valiéndose del parentesco con la familia imperial usurpó el poder político. Pero el vertiginoso logro de esplendor y la transformación de su clan en aristocracia causó el descontento de los guerreros provinciales, así como también fricciones con las fuerzas tradicionales y, después de una guerra civil, fue derrocado por el clan Minamoto (*Genji*) en 1185. Minamoto-no-Yoritomo estableció su Shogunato en la ciudad de Kamakura en 1192. <<

^[5] *Nakamikado-Kyogoku*

La intersección de las avenidas de Nakamikado y de Kyogoku. Desde Nakamikado a Rokujo se contaba una distancia aproximada de 2 kilómetros. <<

^[6] *en el reinado de Saga*

Saga, el quincuagésimo segundo Emperador, reinó desde 809 a 823. Heian-kyo (el nombre de Kioto en aquel entonces) se instauró en 794, en el reinado del Emperador Kanmu. Por lo tanto, desde los tiempos antiguos se discute por qué Chomei escribió que «se fundó en el reinado de Saga». Es de suponer que en tiempos del Emperador Saga (810), el Emperador retirado Heizei intentó trasladar el gobierno a la antigua capital de Nara, pero su proyecto se frustró y, a partir de entonces, Heian-kyo quedó oficialmente establecida como capital, razón por la cual habría dicho «en el reinado de Saga». <<

^[7] *río Yodo*

Es el río que nace en el Lago de Biwa, al este de Kioto, y corre hacia el Suroeste para desembocar en la bahía de Osaka. Fue una vía fluvial importante para transporte de pasajeros y carga. <<

^[8] *la cabaña de madera*

El Emperador Tenchi (668-671) llevaba una vida modesta en una cabaña de madera hecha de árboles sin labrar en el Monte de Asakura y se llamaba el Palacio de los Árboles. Se refiere al poema del Emperador que se lee en la *Nueva colección de poesía antigua y moderna (Shin Kokinshu)*: «Al estar en la cabaña de Asakura, / va un niño anunciando su nombre, / ¿quién será su padre?». <<

^[9] *ciertos soberanos sabios*

Es probable que Chomei se refiera al legendario Emperador chino Yao y al Emperador japonés Nintoku, posiblemente también legendario. Pero *Okagami*, un libro de historia escrito a fines del siglo XII, menciona a los Emperadores Tenryaku y Murakami como soberanos sabios de este mundo. <<

^[10] *la era de Yowa*

La era de Yowa duró casi 10 meses, desde el 14 de julio de 1181 hasta el 27 de mayo del año siguiente, en el reinado del Emperador Antoku. <<

^[11] *Ryugyo-hoin... Templo Ninna... el santo signo*

Ryugyo fue un hijo de Minamoto-no-Toshitaka. Hoin era el rango más alto de los monjes budistas acordado por la corte. El Templo Ninna fue y es un templo principal de la secta del budismo esotérico Shingon localizado en Ukyo-ku, Kioto, fundado por el Emperador ermitaño Uda. El santo signo de los últimos ritos fue *aji*, la primera de las doce vocales del sánscrito antiguo, y se considera la fuente de todos los sonidos y letras, asimismo de todos los objetos del universo. En Shingon esta letra se usa como un símbolo de la eliminación de los deseos mundanos y marcarla en la frente significaba enviar al muerto al más allá libre del cautiverio de este mundo (*jobutsu*). <<

^[12] *Ichijo y Kujo... Kyogoku y Suzaku*

La superficie que se describe estaba situada en la zona de Sakyo, al lado oriental de la capital, sector principal de la ciudad en aquel entonces. <<

^[13] *Shirakawa, Nishi-no-Kyo*

Shirakawa es un afluente del río Kamo, aunque aquí se refiere a la parte del este, entre el río Kamo y Higashiyama. Nishi-no-Kyo era la mitad occidental de la capital, no muy urbanizada en aquel tiempo. <<

^[14] *los años de Chosho*

Los años 1132-35. <<

^[15] *poco antes o después*

En realidad, el terremoto ocurrió el 9 de julio (13 de agosto, según el calendario solar) de 1185, cuando Chomei tenía 31 años de edad. <<

^[16] *cuatro elementos*

En el budismo de la época se creía que la tierra, el agua, el fuego y el viento eran los cuatro elementos que formaban el universo. <<

^[17] *los años de Saiko*

Los años 854-57. Todaiji es el templo principal de la secta Kegon, ubicado en la ciudad de Nara. <<

^[18] *heredé la casa*

Es probable que Chomei fuera adoptado por la madre de su padre. Él heredó su casa y sus propiedades, pero no se saben detalles de la vida de la abuela ni dónde estaba esa casa. <<

^[19] *se rompió el parentesco*

Debe haber existido algún motivo concreto que provocó una ruptura con la casa de su abuela, pero no se dispone de información precisa, aunque es de suponer que, después de

la muerte de su padre, la relación de Chomei con la familia de su abuela se haya distanciado. <<

^[20] *el Monte Ohara*

Es el monte que está al norte de Sakyo-ku de la ciudad de Kioto. Se conoce como el lugar donde los anacoretas llevaron una vida colectiva en el período Heian.

La frase «hacer de las nubes almohada» era una metáfora que significaba «no prestar el servicio oficial y retirarse del mundo». <<

^[21] *los montes de Hino*

Se refiere a la cadena de montes ubicados al este de Hino-cho, Fushimi-ku de la ciudad de Kioto. Los montes están situados detrás del templo de Hokai-ji que atesora una estatua esplendorosa de Amida Buda sentado. Los montes se llaman también Toyama. <<

^[22] *Libro Sagrado de Hoke-kyo*

Amida significa «iluminación infinita» o «vida infinita» y es el nombre de aquel Buda que lleva al recién muerto, montado en la nube purpúrea, al Paraíso que se cree encontrarse en el Occidente. Es el Buda que al llegar al Japón desde la India y China, se convirtió en el objeto central de la fe de la secta Jodo. Fugen es el guardián que sirve a Amida colocado a su derecha y significa las virtudes del intelecto y la compasión. Con frecuencia se dibuja su imagen montado sobre un elefante blanco. A la izquierda de Amida, por lo general, sirve Monju, que simboliza la sabiduría y se representa montado sobre un león. <<

^[23] *Ojo-yoshu*

Es una obra del monje budista Genshin (942-1017) publicada en 985. Colecciona extractos de libros sagrados que describen cómo son el paraíso y el infierno y enseña a invocar a Amida Buda (Amitabha) mediante la oración del Nembutu, una simple fórmula, para volver a nacer en el paraíso. Había ejercido gran influencia en la fe del culto Jodo (Tierra Pura), así como también en el arte de esta religión en la segunda mitad del período Heian (794-1185), y fue doctrina de carácter precursor para el establecimiento de la secta Jodo en el Período Kamakura (1192-1333). <<

^[24] *koto plegable... biwa ensamblada*

El koto es el arpa japonesa de catorce cuerdas. Un koto «plegable» literalmente pudo plegarse en la mitad, mientras que una biwa (laúd japonés de cuatro cuerdas) «ensamblada» tenía el mango, es decir, la parte superior del instrumento, desmontable para llevarla con comodidad. <<

^[25] *la estela de cresta blanca...*

Se refiere a un célebre poema compuesto por el monje secular Manzei-shami (a veces, como aquí, se abrevia Manshami) que aparece en *Manyoshu (Colección de una Miríada de Hojas)*, antología compilada en el siglo VIII: «¿A qué comparo este mundo? / Es como la estela de cresta blanca / dejada por el barco de la madrugada / y ahora desaparecida». <<

^[26] *Okanoya*

Es una población situada a orillas del río Uji, actualmente Fushimi-ku, Kioto, al noroeste de Hino. <<

^[27] *el río Jin-yo*

El Xunyang, que se vierte en el Yangtze en China. Hace referencia a un poema de Pai Lo-tien: «Despedí una noche a un amigo / a la orilla de Xunyang. / Las hojas de arce y las flores de aulaga / en el otoño solitario». <<

^[28] *Gentotoku*

Es Minamoto-no-Tsunenobu (1016-97). Se llamó así porque ocupó el cargo de Totoku, Gobernador en Dazaifu, Kyushu. Fue también poeta, maestro de biwa y fundador del estilo musical Katsura. <<

^[29] «Canto de las Brisas de Otoño»... «Agua Florida»

El «Canto de las Brisas de Otoño» (Shufuraku) es una pieza de música escrita para el koto. Se considera como la música de Amida que conduce al Paraíso. El «Agua Florida» (Ryusen) es para la biwa y es la música reservada para los principiantes. <<

^[30] *los montes de Kowata*

Los cuatro lugares mencionados aquí son *utamakura*, sitios de fama en la poesía del período Heian. Chomei habría manifestado su emoción de alcanzar a divisarlos todos desde la cumbre del cerro de Hino. Para viajar de Kioto a Uji tenía que cruzar la parte norte del monte Kowata y desde Mino se ve al Oeste, a través del río Yamashina. Fushimi es la zona que se extiende al norte del río Uji. Toba está a la orilla izquierda del río Katsura. Hatsukashi se encuentra a su oeste, a la derecha del río Katsura. <<

^[31] *Sumiyama, Kasatori...*

También son *utamakura*. Sumiyama y Kasatori se encuentran al este de Hino. Tanto Iwama como Ishiyama se refieren a los templos ubicados en la ciudad actual de Otsu. Awazu es una franja entre Zeze y el río Seta de la ciudad de Otsu. En el Templo Gichu de Awazu se venera la tumba del gran poeta japonés Matsuo Basho. <<

^[32] *Semimaru*

Es un poeta legendario del inicio del período Heian y se destacó también en la música.

Su poema incluido en *Cien poemas de cien poetas (Hyakunin-isshu)* es muy conocido: «Vengan o vayan / este o aquel / se separan / se conozcan o no, / en la alcabala de Ausaka».

El lugar a que se refiere aquí es probablemente Seki-no-myojin, o Santuario de Semimaru en la ciudad de Otsu. <<

^[33] *Sarumaro*

Igual que Semimaru, es un poeta legendario de la misma época y en *Cien poemas de cien poetas* se lee su poema: «En lo íntimo de la montaña / camina el ciervo entre hojas de arce / y oigo su lamento / como un rumor, / ¡qué triste es el otoño!». <<

^[34] *Makinoshima*

Está en la actual ciudad de Uji. Era famosa por la belleza de las luciérnagas que iluminaban el lugar. <<

^[35] *Las montañas no me atemorizan*

Es una referencia a un poema de Saigyō (1118-90): «Profundo en las montañas / no suenan los pájaros cerca de mí / sólo los pavorosos ululatos de lechuzas oigo». <<

^[36] *La realidad de este mundo...*

El término es del budismo sangai, literalmente «los tres mundos»: el mundo del deseo, el mundo «de color» y el mundo «sin color». El mundo del deseo es el más bajo y es de aquellos que están atados por el deseo sexual y el deseo desmedido de comer. El mundo «de color» es de los que están libres de esos dos deseos. Las cosas en este mundo son finas y delicadas. El mundo «sin color» es el más alto y es de quienes están libres de todos los deseos mundanos. Es para aquellas que se encuentran en constante meditación. <<

^[37] *Vimalakirti... Suddhipanthaka*

Vimalakirti (Jomyokoji en el original) fue un ilustrado discípulo de Buda que vivió en una pequeña habitación. Su nombre aparece en el libro sagrado de Yuima.

Suddhipanthaka (Shuribandoku), también discípulo de Buda, fue necio de nacimiento y no podía aprender de memoria siquiera una oración breve en 3 meses. Buda tuvo compasión de él y le hizo lavar las sandalias de los monjes. Entonces, un día, de repente descubrió la verdad absoluta (nirvana) y con posterioridad alcanzó arakan, la más alta dignidad de los monjes. <<

^[38] *Ren-in*

Es el nombre budista de Chomei como monje. Ren supone que fue creyente de Jodo. <<

^[39] El segundo año de Kenryaku fue 1212, en el reinado del Emperador Juntoku. <<

